



DE LA FANTASMAGORÍA DE LA EXCEPCIÓN A LA TRABAJADORA
DE LA CULTURA. EL PROCESO DE INGRESO DE ESCRITURAS
HECHAS POR MUJERES AL CAMPO DE LA CRÍTICA Y LOS ESTUDIOS
LITERARIOS EN EL CHILE DEL SIGLO XX¹

*FROM THE PHANTASMAGORIA OF THE EXCEPTION TO THE
CULTURAL WORKER. THE PROCESS OF THE ENTRY OF WRITINGS BY
WOMEN INTO THE FIELD OF CRITICISM AND LITERARY STUDIES IN
CHILE IN THE 20TH CENTURY*

Romina Pistacchio Hernández
Universidad de Chile
romina.pistacchio@uchile.cl

ORCID: 0000-0003-1617-3689

RESUMEN

Este artículo pretende ofrecer una panorámica de la trayectoria de la crítica literaria hecha por mujeres en Chile durante el siglo XX. Revisa el proceso de ingreso de sus escrituras al campo cultural y literario que se inaugura con su desplazamiento del espacio privado al público hasta el momento en que es posible identificar un ingreso relativamente regular al cenáculo esquivo del pensamiento. Para indagar y caracterizar este proceso, este trabajo se detiene y expone las condiciones socio-históricas que lo permitieron y facilitaron, así como en aquellos casos que sirviéndose de ellas y elaborando estrategias de incorporación desafiaron e ingresaron al terreno más resistente y cercado de la ciudad letrada patriarcal, el de la producción de pensamiento y del conocimiento formal.

PALABRAS CLAVE: Crítica literaria hecha por mujeres, crítica literaria chilena, campo cultural.

¹ Este artículo es parte de la investigación titulada “Escrituras críticas de mujeres en Chile. Pizarro, Valdés, Invernizzi. Labrando el inhóspito territorio” financiada por ANID-Fondecyt Iniciación 2023–2024 Folio N°11230144.

ABSTRACT

This article offers an overview of the trajectory of literary criticism made by women in Chile during the twentieth century. It reviews the process of entry of their writings into the cultural and literary field that begins with their displacement from the private to the public space until the moment in which it is possible to identify a relatively regular entry into the elusive cenacle of thought. To investigate this process, this work explores the socio-historical conditions that allowed and facilitated it, as well as cases in which women entered the most resistant terrain of the patriarchal lettered city: that of the production of thought and formal knowledge.

KEY WORDS: Literary criticism by women, Chilean literary criticism, cultural field.

INTRODUCCIÓN

“Del tronco de esta derrota
florecerá la victoria futura”.
Rosa de Luxemburgo

Hasta hace menos de cinco años “la cuestión de la crítica literaria hecha por mujeres” no había sido tema en plataformas de pública discusión. Algunos importantes y significativos trabajos se mantenían reservados a los ojos de especialistas académicos, y los comentarios de pasillo indicaban una latente incomodidad: la ausencia de importantes e iluminadores textos críticos escritos por investigadoras en los programas de cursos universitarios, dentro de los muros de la ciudad letrada, parecía ya casi una afrenta directa, una provocación. Poco o nada se estaba discutiendo o problematizando acerca del lugar, los grados de autoridad y la legitimidad de aquellas escrituras sobre la creación literaria no producidas por los grandes nombres/hombres del campo cultural/literario chileno.

Para nuestra sorpresa en 2020, un novel y fragoso debate sobre la crítica literaria² no lo activarían precisamente los discípulos (hombres) de las figuras tradicionales y consolidadas, sino serían varias investigadoras y escritoras mujeres las que entrarían al terreno de batalla en un momento decisivo de revitalización de los feminismos locales y globales. Desde posicionamientos bien diversos, y premunidas de perspectivas a veces incluso opuestas, ya no sólo hablaban sobre lo que históricamente se les ha permitido decir o desde el código de su “especialidad” de género. En ese debate discutían, quizás por primera vez con toda potestad y públicamente, sobre las punzantes seculares disputas y contradicciones que asedian a lo que conocemos como un campo cultural.

² Nos referimos a la discusión abierta por la crítica y académica Lorena Amaro en 2020 en la revista *Palabra Pública* de la Universidad de Chile, con su intervención “¿Cómo se construye una autora? Algunas ideas para una discusión incómoda”.

Hace más o menos la misma cantidad de tiempo, pude escuchar por primera vez a la filósofa Cecilia Sánchez que, en su conferencia “Las mujeres en la escena de la filosofía” (2017), relata una anécdota fundacional que, como alegoría, permitiría comprender las bases de una exclusión histórica que prohibirá primero, y aplazará después, el ingreso de las mujeres al campo intelectual, cultural y literario. Se trata de una historia que cuenta cómo Tales de Mileto cae en un pozo por dirigir su mirada al infinito. Por “ir pensando”, mientras contemplaba absorto el cielo, no advierte una fosa que se abre en el camino. A uno de sus costados una ‘sierva’ realiza trabajos domésticos, y cuando observa al hombre caer producto de su despiste, suelta una carcajada y le pregunta por el sentido de sumirse pensado en aquello que está fuera del mundo, cuando se ignora lo que está enfrente. La mujer está en el mundo y la mujer se ríe. El hombre piensa y, en esa tarea, se olvida incluso de su propia mortalidad. No deja de ser un revelador indicio que este relato sea parte de uno de los diálogos de Platón³ que se refiere a la naturaleza del saber.

El texto que aquí presentamos quiere exponer y explicar panorámicamente⁴ la trayectoria de las escrituras hechas por mujeres a lo largo del S. XX. Pero no cualquiera, sino la de aquellas que producen conocimiento sobre el objeto literario. Pretende mostrar cómo en su ingreso al campo cultural literario chileno, logran penetrar el último círculo de ese territorio prohibido, el de la esfera del pensamiento, del pensar(se) y expresar ese pensamiento en el territorio público. Finalmente, cómo, esas escrituras, acaban siendo gradualmente escuchadas y consideradas como voces autorizadas para explicar, interpretar y orientar el intercambio cultural, la construcción de identidades o subjetividades, el gusto, o la distribución de la experiencia estética y del placer. En el proceso de organizar sus elementos y construir la trama de este proceso, nos encontramos con el hecho de que, para que ese ingreso ocurriera, debían activarse una serie de condiciones que no afectan inmediata ni homogéneamente al conjunto perjudicado por esa exclusión. Es por ello que revisaremos los casos que marcan con sus experiencias individuales las huellas de ese proceso y que, por lo mismo, se transforman en excepciones y figuras de vanguardia. Nos referimos a los de Amanda Labarca, Gabriela Mistral y Marta Brunet.

Pretendemos establecer y describir las condiciones generales que propician y explican los posicionamientos heterogéneos de los proyectos de estas intelectuales –y

³ Aludimos al diálogo Teeteto incluido en los *Diálogos* de Platón.

⁴ Diremos que, a partir de la invitación que nos hace generosamente Carlos Walker a este Dossier, es que nos enfrentamos al imponente y complejo desafío de construir una cartografía de parte importante del SXX. A sabiendas que este será un primer ensayo sobre un fenómeno que tengo planificado abordar *in extenso* en un trabajo que tribute a toda la investigación y hallazgos que hemos realizado y recogido. Advertimos que podemos llegar a cometer más de una generalización, que en cuanto pueda ser corregida, lo será. De todos modos, varios trabajos que informan y alimentan la construcción de este panorama, ya han sido publicados y referidos en la bibliografía.

quienes las suceden— en el campo cultural chileno, pues hemos corroborado que tanto la *secundarización*⁵ de sus trabajos teórico-críticos, como el proceso de *ingreso* a su circuito, se encuentran fuertemente supeditados a las singularidades de sus momentos y escenas socio-históricas y culturales. Por ello, caracterizaremos esos escenarios particulares en que tienen lugar las distintas fórmulas de ingreso de mujeres al campo cultural y literario chilenos, considerando principalmente exponer las condiciones materiales, discursivas y simbólicas que enmarcan los modos de inserción de sus escrituras críticas, junto con las negociaciones que los organizan, ordenan y/o limitan. De este modo, hemos diseñado una cartografía o un marco general que explica, tentativamente, las transformaciones que ocurrieron en ese enrevesado terreno y que contuvieron, permitieron, incidieron y/o promovieron su entrada.

ZONAS DE CONTACTO, CATALIZADORES Y ESTRATEGIAS DE INCORPORACIÓN

En su texto “Figuraciones autoriales: La escritura de mujeres chilenas en el siglo XIX (1840 – 1890)”, Carol Arcos ofrece una premisa que este trabajo comparte: “Desde mi punto de vista, la autoría tiene que ver con la toma de posición y legitimidad de la palabra de ciertos sujetos de escritura en las redes de autorización que se traman en los circuitos letrados” (46). Arcos agrega que, para el caso de nuestros objetos de estudio, su condición sexo-genérica es categórica y será la razón que explica esa “toma de posición” en el campo. Durante su proceso de desarrollo, nuestra investigación ha ido confirmando esta hipótesis por cuanto, cada vez con más ejemplos y testimonios, hemos logrado problematizar las operaciones que acaban esencializando la voz. En este caso, las que señalan una escritura propia y exclusiva “de mujeres” o “femenina”, o aquellas que, siendo producidas por un cuerpo mujer, serían automáticamente feministas. Como plantea Arcos, pensamos, entonces, que el hecho de producir una escritura particular se encuentra asediado y atravesado por una historia y determinantes sociales que definen la posición de los cuerpos en el campo cultural. Dentro, fuera o en el entremedio del espacio de lo público.

Es ya un hecho irrefutable y una convención decir que aquello que define los contornos de los campos culturales locales propiamente dichos en América Latina es la experiencia heterogénea de los distintos momentos del proceso de modernización. Siguiendo a Grínor Rojo, estas etapas de la trayectoria cultural condicionados por la neocolonización, la

⁵ La *secundarización* es un término que hemos acuñado para nombrar la posición en la que han sido instaladas las escrituras hechas por cuerpos sexogenéricamente mujeres o feminizados a lo largo de esta trayectoria de ingreso al último círculo del pensamiento/escritura. Esta categoría no refiere a usos que se emplean en otros territorios disciplinares y sólo lo hace al hecho de ser instalados en un segundo lugar.

consecuente aceleración de la industrialización y el desarrollo paulatino del proyecto de democratización social desde esa “primera modernidad” (1870 – 1920), van configurando la escenografía en la que, entre otros agentes y actorías, entre ellos las mujeres, irán desplazando y desafiando su posición tradicional y ocupando espacios antes impensados. Los (des)encuentros entre cultura dominante, residual y emergente (Williams 1980), y las negociaciones ideológicas y discursivas que suscitan este proceso de modernización regional, serán el acelerante para detonar transformaciones que actuarán en la vida social, política, económica y en las formas de producción, distribución y recepción de objetos artísticos y literarios.

De este modo, la experiencia específica de la modernidad en Chile –definida por una nueva relación entre política y cultura (Subercaseaux *Política y cultura*)– fijará el escenario del cambio social en nuestro país, y determinará la autonomización de su campo cultural y la inauguración de un proyecto que aspirará permanentemente a una democracia cultural⁶. Es precisamente en él que identificaremos los sistemas de relaciones (Pistacchio *Cartografías*) que permiten el gradual y heterogéneo ingreso de mujeres y sus producciones escriturales al espacio extra-domiciliar de la cultura pública.

Para caracterizar estas condiciones, proponemos examinar dos dispositivos clave que las movilizan y que se diferencian por sus grados de institucionalidad. Por una parte, los *catalizadores* del ingreso, que están enraizados al espacio de la experiencia vital y vinculados a personas o *asociatividades* que permiten pertrecharse de y construir un set de saberes, conexiones y recursos materiales y simbólicos. Entre ellos hemos distinguido

⁶ Para Bernardo Subercaseaux la sociedad chilena está compuesta por una pluralidad de culturas y subculturas que el Estado debe reconocer y promover para permitir que cada individuo y comunidad puedan expresar plenamente su creatividad. A diferencia de la democratización cultural, que implica la difusión del patrimonio cultural occidental homogéneo desde la élite hacia el pueblo, la democracia cultural resalta la importancia de la participación popular en la producción y circulación cultural. En este paradigma, el Estado tiene el rol de asegurar las condiciones materiales, sociales y simbólicas que permitan el desarrollo cultural colectivo, poniendo énfasis en la interculturalidad y la creación. En el contexto de transformación nacional implementada hacia el modelo del estado de bienestar, se construirá también un plan cultural que surgirá, según Subercaseaux, de las motivaciones ideológicas de dos proyectos: el reformista y el revolucionario. Durante el periodo que va desde 1930 a 1970 habría prevalecido el reformista, bajo el entendido que el Estado, siempre en manos de la élite cultural, pretende distribuir (asistencialmente) su patrimonio y capital cultural (Subercaseaux, *Política y Cultura* 99).

el *habitus de clase* y los *agentes transculturantes*⁷, tales como los *agentes domiciliarios*⁸, las *redes queer*⁹ y las *militancias políticas* y *activismos*.

Por otra parte, están los que hemos identificado como *territorios de ingreso*, subrayando su potente componente histórico. Se trata de espacios o territorios materiales y simbólicos institucionales o institucionalizados, que se configuran en el cruce de un tiempo-espacio específico en permanente cambio y contradicción. Están determinados por el proceso de modernización y su irrefutable principio/efecto transculturador y se “tejen como áreas de conflicto en las que culturas, hablas y experiencias particulares se (des)encuentran y producen nuevas formas de mirarse [y con-vivir]. En este sentido, pensamos estos lugares desde lo que Mary Louise Pratt define en *Ojos imperiales* (2010) como *zonas de contacto*” (Pistacchio *Cartografía* 222).

Finalmente, señalaremos las *estrategias de incorporación*. Éstas estarán definidas por la acción de los *catalizadores* y las hemos caracterizado atrayendo los términos consolidados por Ana Traverso: la *reducción autobiográfica* y la *masculinización*. Ambas fórmulas implican tácticas opuestas que asumen las autorías y sus escrituras (teóricas), para entrar en el campo de disputa discursiva.

[S]ostenidas tanto por el “adentro” –por la construcción de su propia subjetividad– como por el “afuera” –por el campo que las construye, acepta y legitima–, delinearán sus formas de decir, sus relaciones con el “mundo del pensamiento”, el lugar que sus discursos ocupan en el campo, e incluso con las maneras de fabricar “una performance” de su propia experiencia vital. Así, la construcción de una *voz enunciativa* singular se verá intervenida por las posibilidades que confiere

⁷ Para elaborar este término, evidentemente, hemos considerado el concepto de transculturación de Ángel Rama que, en su sentido lato, implica los procesos de interacción multiforme y multifacéticos que permiten un cruce de lenguas, tiempos, creencias y territorios y que configuran un nuevo mapa cultural en una región cuya condición sería la (neo)colonial. Se trata de un término original que estamos permanentemente delineando y ajustando según los hallazgos en nuestro trabajo de casos.

⁸ Nos referimos a familiares (con)sanguíneos o cuidadores, a personas que ofrecen educación informal y una transferencia cultural no institucional.

⁹ “Las redes queer”, son definidas por Cabello-Hutt como formas de asociatividad de mujeres caracterizadas por transgredir (no necesariamente haciendo de esa transgresión un activismo, incluso, a veces, al contrario, manteniéndola más bien bajo discreción) en sus modos de vida los mandatos hetero-patriarcales que recaen sobre los cuerpos sexo-genéricamente determinados o feminizados (Cabello *Redes queer*). Cabello sigue explorando y profundizando en estas formas de asociatividad de mujeres que se constituyen en dispositivo para su ingreso, permanencia y desarrollo en los campos culturales de los que participan (Cabello-Hutt *Undisciplined Objects*).

el campo y sus agentes (medios, críticos, editoriales, academia) [y por su propia realidad sexuada] (Pistacchio *Cartografía* 229).

De este modo, las voces que se irán incorporando paulatinamente al campo del estudio y del juicio público de los objetos literarios, se formarán en esas *zonas de contacto* determinadas históricamente a partir de las cuales podrán tejer *estrategias de incorporación*, todo lo cual se verá mediado intensamente por el patrimonio cultural que heredan y disfrutan, y por sus contactos sociales, redes domiciliarias, de cuidado y educación (in) formal. Así, el primer *catalizador* que reconocemos a partir de la definición de P. Bourdieu, es el *habitus de clase*¹⁰. Este se erige como un factor clave en la capacidad de movimiento y circulación de sujetos y escrituras, lo que incluye, a la vez, el poder “entrar”, “habitar” y “ocupar” espacios muy diversos, así como tener la facultad de negociarlos y performar discursos, lenguajes y códigos.

En segundo término, los *agentes transculturantes*, un concepto que nos permite señalar y explicar el factor de mediación intercultural a partir del cual un tipo de sujeto/ subjetividad, en el propio acto de con-vivencia y de compartir sus saberes y prácticas, permite que otros integren a su propia experiencia vital, ética y estética, el instrumental simbólico y material que ha elaborado y que transporta¹¹. La presencia de estas figuras clave en la vida de importantes intelectuales de nuestro país, entre les que se cuentan nuestros premios nóbeles, es efecto del intenso y punzante proceso de construcción de un proyecto nacional de “democracia cultural”:

que habría implicado uno [anterior] de democratización cultural —a través de las políticas de alfabetización, la cobertura de la educación pública, entre otras—, que habría producido una generación de habitantes de clases bajas o medias que, siendo sus beneficiarios, protagonizarían uno de intercambio multicultural y ampliación de las prácticas y, probablemente, de las fronteras mismas del concepto de cultura y producción cultural (Pistacchio *Cartografías* 229).

¹⁰ El sociólogo señala que el *habitus* sería el “sistema de las disposiciones social e inconscientemente constituidas, que como estructuras estructuradas y estructurante constituyen el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo de agentes, y a las que una posición y una trayectoria determinada en el interior del campo cultural —que ocupa el mismo una posición determinada en la estructura de la clase dominante—, proporcionan una ocasión más o menos favorable de actualizarse” (Bourdieu 31).

¹¹ Hay que señalar que estas figuras se desempeñan como padres, madres, abuelos, familiares o cuidadores, en general, cuyo trabajo, profesional o no, se encuentra vinculado a la (re)producción cultural: cantantes populares, intérpretes musicales (itinerantes), maestras y profesores, habitantes, metafórica y literalmente, de los espacios intersticiales y los bordes heterotópicos de ciudades, puertos, lenguas y lenguajes.

ENTRE RUIDOS, RISAS Y EL BOSQUEJO DE UNA VOZ (FINES DEL XIX – 1920)

Para hablar sobre la relación entre mujeres y producción crítica se vuelve necesario señalar la naturaleza del producto al que nos referimos. Por un lado, de qué estamos hablando cuando hablamos de “la crítica” y, por otro, quiénes son las voces autorizadas para decir qué, para diseñar y legitimar maneras de leer e interpretar, de proferir juicios, construir canon y orientar el gusto, los usos, y, como sabemos también hoy, al mercado.

Sobre lo primero, es importante indicar que el fenómeno de “la crítica” nunca es estable y se verá directamente afectado por el paulatino proceso de modernización local, y el interno del propio campo, que tenderá a privilegiar su –relativa– democratización¹². El dispositivo principal de la crítica es la escritura, primordialmente definido por su soporte material y su capacidad de circulación y que se incrustará en las formas legitimadas por el grupo de agentes del campo. La escritura será, entonces, el vehículo que emplean algunas mujeres para transitar desde el “Salón” (espacio público-privado) hacia el afuera, por ejemplo, a través de su inaugural participación en los medios de comunicación de masas. En esas circunstancias, esas nuevas escrituras públicas adoptarán la forma de ‘los géneros del yo’ como el comentario, la crónica o el testimonio, remarcando así la distancia que debe mantener esa voz no autorizada aún a usar las tipologías textuales hegemónicas. Por esta razón, la historia del ingreso de ciertos agentes al campo es también la historia de los instrumentos a partir de los cuales pueden registrarse y distribuirse sus aportes dentro y fuera de sus bordes. La penetración de las voces de las mujeres al círculo del pensamiento, a través de las *zonas de contacto* y usando *estrategias* precisas, tendrá su correlato en las formas materiales que van adoptando esas voces en el tiempo: susurro, cotorreo, confesión, epístola, crónica, opinión, comentario, crítica, exégesis y, como corolario, el juicio.

Asimismo, el secreteo, el chismorreo, el brindis, el «¡salú!», los versos al aire, la emoción, la lectura en voz alta, la intuición, son las formas propias del *salón*, la primera *zona de contacto* moderna, que distingue Darcie Doll (2014). Conforme a los iluminadores estudios que ha realizado la investigadora, este territorio liminar en el que se cruza lo íntimo de la casa (el mundo de lo privado, y la fiesta) y lo público de la calle, comienza a instituirse como el espacio privilegiado de participación de las mujeres. En aquellas veladas era posible compartir las impresiones y opiniones acerca de las novedades literarias traídas directamente desde Europa, legibles exclusivamente para estos grupos, cuya educación privada y domiciliar incluía el aprendizaje del francés, el inglés y otras lenguas. Estos territorios de exhibición social y de despliegue intelectual, configuraron un círculo en el que el poder y sus influencias se daban cita. Constituyeron así un locus

¹² Con el carácter relativo de esa democratización queremos referirnos al mismo fenómeno con el cual Bourdieu (2003) describe la autonomía relativa del campo.

de crucial importancia para el autoreconocimiento de la élite chilena, pero, además, para la educación informal de las mujeres y que propició el ideal de la diletancia (Vicuña).

La indagación histórica que desarrollan las expertas sobre los comienzos de los movimientos de mujeres en América Latina, dan cuenta de la capital importancia de la clase social de aquellas mujeres que conocieron y circularon las ideas y las reflexiones intelectuales del momento e ingresaron al espacio social sus demandas sectoriales. Es el caso, por ejemplo, de la importación de los postulados feministas. Julieta Kirkwood (1983) expone que la historia de sus inicios en Chile está fuertemente arraigada a la élite, a las mujeres “damas” que, con “mesura”¹³, los propagaron, principalmente, en su momento inaugural.

En su artículo “Figuras femeninas en el campo intelectual del Chile de la Modernización”, Claudia Montero destaca y analiza el rol de los medios de comunicación escritos como espacios fundamentales de penetración de las mujeres al campo, y revisa la función que cumplen las publicaciones masivas, principalmente las revistas, en su incorporación al espacio público y la formación de comunidades. Explica, además, que es en esos espacios liminares del *salón* donde se instituirá la *ur-forma*¹⁴ de las posteriores editoras literarias, las “salonières”, cuya trayectoria describirá el tránsito de las mujeres para comenzar a convertirse de señoras a intelectuales (Montero, “Figuras femeninas...” 39).

En efecto, no pocas voces comenzaron a integrarse al concierto de ese campo literario. Según indica la información recopilada, en lo que respecta a las figuras que destacan en distintos ámbitos relacionados con las escrituras públicas en ese periodo del *salón*, podemos contar a Mercedes Marín del Solar, Carmen Arriagada, Rosario Orrego, Lucrecia Undurraga, Maipina de la Barra, Martina Barros, Amelia Solar, Leonor Úrzua Cruzat, Celeste Lassabe, Carmela Jeria, entre otras. La mayor parte de ellas se desempeñaron como creadoras, especialmente en el género lírico, y otros de variedades¹⁵. Muy pocas irrumpirán con sus escrituras en aquellos géneros aún exclusivos a los hombres –como la reseña, el estudio monográfico, el artículo de opinión o el ensayo– y que seguirán constituyendo el dispositivo material de la exclusión. Algunos de los casos son inventariados por Raúl Silva Castro en dos textos paradigmáticos para la historiografía literaria chilena,

¹³ La reflexión que realiza Kirkwood, en *Ser Política en Chile...*, nos parece de vital importancia para leer las argucias a través de las cuales opera la oligarquía en nuestros territorios. Así la excusa de la mesura puede ser considerada una estrategia política que remeda el dilema tradicional entre revolución y reformismo que amenaza a los movimientos sociales, pero también representa aquella ejercida tradicionalmente por la cultura/clase dominante que, exigiendo moderación al dominado, lo hace renunciar a su autenticidad o la de su lucha (Kirkwood 91).

¹⁴ Para Walter Benjamin, las formas originales, huellas de la forma que vendrá.

¹⁵ Otros formatos utilizados en este periodo serían, el de los “perfiles”, las cartas, las traducciones, comentarios sobre “asuntos femeninos”, notas sociales y de costumbres, libros de viajes, memorias y literatura y teatro infantil.

(Silva Castro *El panorama...*, *La literatura crítica...*) entre los que encontramos a Inés Echeverría, ubicada en el apartado del ensayo del catálogo, y Amanda Labarca, la única mujer identificada en él como “crítica de letras”.

El hecho de que las mujeres comiencen a intervenir en el mundo de lo público con sus producciones y reflexiones sobre las artes y la literatura no sólo se materializa en su acceso y presencia en espacios intermedios/intermediarios, sino también tiene como resultado escrituras atravesadas por diversos estilos y géneros, y que derivan en textualidades heterodoxas. Como explica la profesora Montero en “Textos híbridos: las crónicas de mujeres del fin del siglo XIX y principios del XX en la prensa chilena”, es precisamente esa inespecificidad genérica (sexual/textual) la que define y marca la forma y alcance de estas escrituras, puesto que aún será difícil poder expresar públicamente en los formatos reservados para las autoridades del juicio.

En consecuencia, a pesar de poder participar de los *salones* y de los exiguos espacios que abrían las nuevas plataformas públicas revisteriles, la posición de una mujer en estas circunstancias era altamente inhabitual. De aquí que podamos aseverar que es también en esta modernidad oligárquica que surge una figura que persistirá hasta entrada las últimas dos décadas del siglo XX, y que hemos identificado como “la mujer excepcional” (Suárez). Ésta se desplaza a través de la historia acarreando consigo los atributos de una presencia extraordinaria y cuya particularidad que va cambiando de signo, se nutre de cualidades como la rareza, la rebeldía, la aguda o sobre-racionalidad, la “a-normalidad”, etc. Es fundamental registrar que pocas veces esa excepcionalidad habrá sido atribuida al trabajo.

La figura paradigmática de la excepcionalidad en este periodo y que marca un cambio en la lógica del *salón* es Amanda Labarca quien en 1909 publicará un texto totalmente inédito y polémico en su momento, titulado *Impresiones de Juventud*. En el esquema que hemos diseñado, su caso se inscribe de un modo excéntrico. Ella no accede a la educación que recibieron aquellas mujeres formadas en sus casas principalmente por institutrices extranjeras, tampoco frecuente la consuetudinaria *zona de contacto* epocal, el *salón*, ni se beneficia de las redes y visibilidad que ese territorio ofrecía, al contrario, construye su trayectoria como una adelantada. En este sentido, los *catalizadores* que activan su prominente recorrido serán el patrimonio cultural heredado de su familia nuclear, integrante de la muy incipiente clase media chilena, y esa escuela pública, producto insigne del proyecto democratizador de la cultura del Chile republicano, que apenas empezaba a bosquejarse en ese gesto constitucional que proyectó la posterior instrucción universal¹⁶.

Por otra parte, Amanda Labarca será, junto a Eloísa Díaz y Elena Caffarena, el ejemplo de las primeras mujeres que ingresan a la Universidad y, con ello, elude el

¹⁶ Es fundamental señalar que la ley de instrucción primaria obligatoria fue recién dictada el año 1920 y que este hecho será el que, en los albores de la segunda modernidad chilena, inaugurará definitivamente el desarrollo del proyecto de democratización cultural a la vez que será su origen.

impedimento del ingreso de las mujeres al anillo del ateneo del saber. Esto es, el cerco de la educación superior, cuyo acceso no estará garantizado para las mujeres sino hasta los años sesenta del siglo XX. Por eso el caso de Amanda Labarca constituye una trayectoria extraordinaria. Transgrede la norma con un gesto totalmente inaudito y la inaugura con un libro, uno en el que expresa su postura y valoración acerca de la generación del '98 español y, como si fuera poco, anticipándose, como señala Edda Hurtado, a los enfoques y operaciones de la crítica literaria de su tiempo:

Los conceptos críticos que Labarca emplea y que inscriben su modo de leer, basados en el afecto, la apreciación, la valoración y el juicio estético la sitúan tempranamente en un 'desplazamiento' del ejercicio crítico, desde la verificación de un estado anímico centrado en el autor a la configuración del estado anímico de un 'lector'. Coincidente –y adelantada– con un período en el cual comienza a instalarse la discusión en torno a la subjetividad. Adelantada a su tiempo con un concepto democrático de la lectura, en su operación crítica desplaza al autor, apelando a un lector popular, al otro sujeto hegemónico (Hurtado 34).

Asimismo, será la primera mujer en Chile que escribirá un libro que use el término "feminismo" en su título (Albornoz y Salas); una de las primeras estudiantes chilenas en Columbia University y en la Sorbonne; una de las primeras expertas en educación; una de las primeras activistas feministas progresistas e impulsora del voto femenino.

En definitiva, la figura de Labarca asumirá sólo en parte el modelo de trayectoria de ingreso definido por su contexto y experiencia vital, y lo hará en la medida en que el respaldo de su acervo cultural –habitus de clase– y su experiencia con la naciente y pujante educación escolar pública lo facilita y le permite circular por espacios intransitables para las mujeres de su época. Por otra parte, sus redes domiciliarias, en particular su lazo matrimonial, favorecerán la posibilidad de construir un proyecto escogido y compartido con un político y escritor cuyas conexiones podrán ambos gozar y utilizar. Estos elementos, en conjunto con otros menos habituales y singulares, como el acceso a instituciones consagradas del conocimiento metropolitano (Columbia University y La Sorbona), y a redes, que luego compartirá para movilizar las carreras de otras mujeres (redes queer), son los que conforman un set de provisiones que, canalizadas a través de la estrategia de *reducción autobiográfica* –ser mujer y ser maestra–, le permitirán ingresar, actuar y legitimarse en el campo literario, cultural e intelectual de Chile.

HACEDORAS DE VOCES QUE DEVIENEN ESCRITURAS (1920 - 1973)

Es muy probable que el proceso de término de la llamada "modernidad oligárquica" en Chile tenga en la celebración del centenario de la independencia su elocuente corolario festivo. En asociación con la crisis económica y los fuertes movimientos sociales y políticos que exigían una distribución equitativa de la renta que producían, las manifestaciones del

descontento acompañan la fecha del aniversario como ondas concéntricas en las aguas de la república autónoma. Sería casi imposible pensar que todos esos movedizos eventos, en su conjunto, no lograran producir, en esta época, un nuevo modo de ver, sentir, conocer y con-vivir.

Contexto, según Rojo, caracterizado por varios desplazamientos en el campo cultural que ocurren en consonancia a los sufridos en el orden de lo político, lo económico y social, la “segunda modernidad”, como la denomina, se inicia con una crisis –la pérdida del salitre, nuestra mayor exportación–, y discurre al son de los procesos que abre el reformismo político y que, para el caso de Chile, tendrán un cuaje en el periodo transformador de la Unidad Popular:

Por lo pronto, se consolida en América Latina durante estos años la presencia de un amplio sector de capas medias (...) y de una clase obrera que crece en las ciudades como una consecuencia necesaria de los procesos de industrialización nacional. En este marco, los grupos medios, que por primera vez en nuestra historia acceden al poder político, pactan con las oligarquías un proyecto reformista que nunca fue lo suficientemente sólido (Rojo 9).

Para dar cuenta de la escena de esos turbulentos años veinte se vuelve necesario enumerar una serie de fenómenos y eventos que interrelacionados explican ese desplazamiento clave, una de cuyas características es el tránsito desde el espacio privado al público. Y es que, como consecuencia de este flujo e influjo socio-cultural, en el que “se hace presente [en Chile] un variopinto movimiento social que desafía y cuestiona el discurso hegemónico de integración nacional sostenido por la élite” (Subercaseaux 151), se organizará el nuevo campo cultural de la segunda modernidad, cuya democratización determinará, entre otros fenómenos la profesionalización del circuito. Como expone Beatriz Sarlo, el impulso modernizador masificado en la nueva capital (re)urbanizada, azuza el radical aumento de la población migrante (extranjera y del campo a la ciudad), y la tecnificación de los procesos de producción multiplica el volumen de los productos y acelera la ampliación del consumo. Así también, la demanda cultural y los potenciales públicos lectores se incrementan. De este modo, estaríamos frente a una sociedad que se democratiza desde los polos de la distribución y el consumo (19) pero, agregamos, también, a partir de esa formalización del trabajo artístico e intelectual.

Por otra parte, el proyecto del estado chileno, que empuja procesos como los de alfabetización, el de consolidación de la educación formal –con la ley de instrucción primaria obligatoria de 1920–, y el del aumento de la cobertura de la educación pública

escolar y universitaria¹⁷, permitirá que la producción artística, la divulgación del libro y, en consecuencia también, la crítica literaria, se democratizen y circulen más ampliamente.

En esta etapa se producirá también, por tanto, un nuevo proceso de ingreso de escrituras de mujeres al campo literario y cultural. Mucho más numeroso y heterogéneo, pero sobre todo más acelerado y contundente, describirá un itinerario que incluye el tránsito de la voz desde el territorio de lo público-privado oral, pasando por la institucionalización de un locus escritural exclusivo señalado bajo el rótulo de *escritura femenina*, hasta el momento de la consagración pública e histórica de varias voces/escrituras que, aunque todavía excepcionales, consiguen al fin ser autorizadas.

Para identificar esa primera fase de ingreso en esta segunda modernidad, coincidimos nuevamente con la propuesta de Darcie Doll que señala que será *la tertulia* la principal *zona de contacto* a la que accederán las aspirantes. Para Doll las *tertulias* se conciben como una nueva institucionalidad que propiciará un ejercicio de relocalización de las mujeres en el ámbito de la discusión y lo hará primordialmente desde la oralidad.

Sin embargo, a diferencia del fenómeno impulsado por el *salón*, el de las *tertulias* impulsará con más potencia las condiciones de ese ingreso. Infiltrado por la atractiva posibilidad de acceso al ejercicio de la escritura pública, transformará definitivamente la *zona de contacto* que se desarrolla en las primeras dos décadas del siglo XX. El rol clave que habrían jugado los medios de comunicación masiva, en la circulación y el intercambio de las voces, será innegable (Montero). La proliferación de las escrituras propició que pudieran conocerse y circular ampliamente a través de las copiosas revistas especializadas, nacionales y territoriales. Comienza, entonces, a constituirse una *formación* (Williams) sostenida en la fundación de un nuevo corpus que va encontrando, en su especificidad y su “diferencia”, un espacio en el catálogo de la producción literaria chilena y regional. Nos referimos a la institución de la categoría de “escritura femenina” con la que se signa un pacto de integración, fruto vivo de la negociación discursiva implicada en la estrategia de *reducción autobiográfica*. De este modo, comenzamos a observar el tránsito de las “hacedoras de voces” que “devienen escrituras”, en el que los textos hechos por mujeres ingresan al campo a partir de la práctica creativa y del nuevo rol de productora literaria que esa escritura protocolizada autoriza. Eso sí, el contrato establecerá que se conserven estrictamente los mandatos de género incrustados en los géneros literarios pertinentes,

¹⁷ En septiembre de 1914 tuvo lugar el primer Congreso Nacional de Educación Popular, que cuenta entre sus asistentes a Amanda Labarca. En esta instancia, se discutió la necesidad de organizar un sistema general de enseñanza, así como también temas relativos a la educación femenina, la educación popular y las escuelas nocturnas, contribuyendo a acelerar la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria en 1920, que garantizó su gratuidad y universalidad. (Congresos de Educación, 2024).

en los contenidos seleccionados e incluso en la performance autorial de la intrusa que acepta la membresía.

A propósito de este nueva condición que adquiere la escritura pública de mujeres, ya durante los años '30 y '50 del siglo XX, es posible identificar un importante incremento de su ingreso al campo literario y cultural chileno¹⁸. Basta revisar algunos textos paradigmáticos de nuestra crítica historiográfica¹⁹, para corroborar que la cantidad de mujeres reconocidas como 'escritoras' no sólo no es poca, sino que aumenta visiblemente y, unido a ello, respecto de la década anterior, la flexibilización relativa del uso de los géneros literarios asignados.

Es precisamente durante esta época que comienza el proceso de construcción de dos trayectorias intelectuales que, también desde la excepcionalidad, transformarán definitivamente el escenario futuro para la inserción de las escrituras hechas por mujeres. Nos referimos a las de Gabriela Mistral y Marta Brunet²⁰. Si bien se sabe que ambas son en primer término creadoras y, si bien Mistral pertenece a una generación anterior de artistas que, además, experimenta un proceso de ingreso más lento, resistido y enrevesado que el de Brunet, también es ya un consenso que cada una, en su especificidad, instituye un modelo de intelectual chilena y latinoamericana en un contexto definido por lo que Vicente Bernaschina denomina la acometida de una "crítica literaria activa" (3).

El de Gabriela Mistral fue uno de los primeros casos evidentes e indudables de mujeres que ingresan en este momento al campo, sin embargo, en forma singular y rompiendo el esquema del sistema marcado por el habitus de clase y las conexiones con el poder económico y cultural. Esta variación nos hizo preguntarnos por las circunstancias que podrían

¹⁸ En una sucinta pero elocuente revisión del repertorio de escrituras públicas hechas por mujeres, es imposible no notar el aumento exponencial de autorías. Entre escritoras y "comentaristas" o críticas se encuentran: Teresa Wilms Montt, Winétt de Rokha, María Monvel, Gabriela Mistral, Inés Echeverría (Iris), Elvira Santa Cruz (Roxane), Mariana Cox (Shade), Laura Jorquera (Aura), Sara Hübner (Magda Sudderman), María Luisa Fernández (Monna Lisa), Graciela Sotomayor de Concha (Pax), Julia Sáez (Araucana). Al examinar someramente el trabajo de aquellas que no se dedicaron a la creación literaria, nos damos cuenta que sus intervenciones críticas no corresponden a estudios académicos sobre textos ni monografías, incluso, más bien un número reducido de ellas comentan textos literarios. Su trabajo más bien se orienta al comentario misceláneo, social, de costumbres y crónicas.

¹⁹ Nos referimos a los libros de Raul Silva Castro, de Toribio Medina, de Samuel Lillo, el de Montes y Orlandi, de Fernando Alegría, entre muchos, que lo que hacen es indexar nombres, años y obras y, con ello, fijan el canon de la literatura nacional.

²⁰ Se vuelve imperativo advertir que dada la importancia, la espesura y el volumen de la obra de tales figuras históricas e intelectuales, este artículo se reconoce como empresa panorámica y aclara que se referirá sólo a algunos aspectos específicos de sus itinerarios, de sus producciones y a algunos estudios de sus obras.

haber facilitado esta anomalía y, en respuesta a esa interrogante, surge nuestra categoría de los *agentes transculturadores* o *transculturantes*. Estxs mediadores, cuyos atributos establecimos al principio de este texto, cumplen una decisiva función en la experiencia de formación de artistas e intelectuales chilensxs que ven nutridas sus trayectorias gracias a la transmisión de sus saberes y prácticas. Sería miope considerar una simple casualidad que muchxs de ellxs tienen familiares o cuidadores que se desempeñan como profesores y que, en más de algún caso, también son músicxs, o poseen estrechas relaciones con el mundo del canto, la poesía y las tradiciones populares. Es el caso, por ejemplo, de Violeta Parra y, en lo que precisamente nos atañe, el de Lucila Godoy Alcayaga²¹.

Mistral se convierte en el resultado esplendoroso y ejemplar de aquel proyecto nacional chileno de la democracia cultural que concede a la educación primaria y secundaria un rol crucial. Y si a ello se le agrega la mediación de estos *agentes transculturadores*, estamos en presencia de una experiencia vital que logra articular esos saberes en forma inaudita y con el pleno interés de seguir contribuyendo a la cultura, replicando las dinámicas culturales de las que se benefició. Por eso mismo, no será extraño que la labor que escoja tempranamente ejercer Mistral, sea la pedagogía.

En este sentido, coincidimos completamente con la lectura que hace Cabello–Hutt (*Artesana de sí...*), respecto al papel que tiene la enseñanza para la poeta, sobre todo, en los albores de su ingreso al campo cultural nacional. Para ella: “Una vez que inicia su carrera docente, su identidad de maestra de Estado funciona como un *campamento base*, un refugio, desde el que *puede hablar* la intelectual, desde el que la mujer puede intervenir en política” (18)²².

Sin embargo, llegar a ser profesora no fue fácil. “Por necesidad se improvisa profesora”, dice González Vera (165), en la Escuela de la Compañía Baja, pronta a cumplir los dieciséis años y, cuando se propone certificar su magisterio en la Normal de Preceptoras de la Serena, es censurada por su director. Alrededor de cinco años más tarde se ve animada por algunas maestras para regularizar su trabajo en Santiago y así lo hace (González 166-167). Tal como lo plantea Cabello, no es banal que haya elegido posicionarse en el lugar de la maestra. La profesión magisterial, coincide con las que se han denominado ‘labores generizadas’ (Egaña *et al.*), aquellas cuyas tareas corresponden con los mandatos de género asignados a las mujeres. Ingresar a esta carrera permitiría un

²¹ Las coincidencias siguen siendo elocuentes en los casos de los Parra y de Gabriela Mistral. Ambas madres trabajan las telas, los tejidos y la costura. La madre de Violeta es cantante popular. Ambos padres son Profesores y ambos, además de tener relación con la música, abandonan a sus familias por largos periodos o para siempre. También ambas reciben el apoyo de profesoras clave en sus vidas, la Profesora Berta en el caso de Violeta, y Emelina, su hermanastra, en el caso de Lucila.

²² Las cursivas son nuestras.

acceso autorizado al ejercicio de hablar y escribir en la escena pública. En este sentido, el *campamento base* de Mistral funciona como la plataforma desde la que poder ‘arrojarse’ al mundo, y a la vez en ocasiones refugiarse para continuar construyendo su propio espacio discursivo dentro del campo cultural. Ese primer momento del itinerario mistraliano se verá coronado con el premio de poesía de los Juegos Florales de 1914²³. El galardón afianza y estabiliza su voz aunque ya en otro ámbito de su presencia pública, el del campo literario y, desde allí, comenzará a construirse a sí misma, como señala Cabello, con sus manos de artesana (*Artesana de sí*).

En este periplo inaugural será de suma importancia, además, otro *catalizador* del proceso, el de las *asociatividades* que, en este caso, corresponde a la recolección de contactos locales y la construcción de una red que, poco después, le abrirá el camino para dejar el país:

La entrada en una red homosocial de poder simbólico y político y su preferencia por definirse en términos ideológicos o de clase más que de género sexual son estrategias que le permiten a Mistral consolidar estas alianzas que (...) llevan a que incluso sea “confundida” con un hermano de la fraternidad de escritores y artistas chilenos, Los Diez. (Cabello Hutt *Artesana* 19-20).

Es gracias a esa trama de relaciones que teje que entabla su amistad con el presidente Pedro Aguirre Cerda, y siendo directora del Liceo N° 6 de niñas, por su intermedio, en 1922 recibe la invitación de José de Vasconcelos para trasladarse a México, apoyar su reforma educacional y la creación de las bibliotecas populares. En este viaje se vuelve a activar el catalizador de la asociatividad para articular una red “otra” que apoyará el proyecto intelectual y vital de Gabriela en adelante; un tejido de conexiones entre mujeres (redes queer) y que comienza a urdirse a partir de su relación con Laura Rodig (Cabello 2017).

A partir de su opción por la extranjería, su incorporación al cuerpo diplomático de Chile (1932) y de su participación a través de esta “otra” red, Gabriela Mistral establecerá una nueva relación con su tierra y para ello en 1934 desde Madrid comienza una comunicación que sólo cesará hasta poco antes de su muerte. Oblicuamente, inmiscuye su voz en los escenarios públicos, a través de los medios más influyentes de América Latina (*El Mercurio*, *Repertorio Americano*, *El Ilustrado* de Puerto Rico, *El Tiempo* de Bogotá y *La prensa* de EE.UU.) y desde allí entabla una conversación abierta en la que identificaremos, al fin, su juicio literario.

²³ Sin lugar a duda, los premios literarios constituyen también un cierto tipo de catalizador que permite la entrada de Mistral, pero también de Marta Brunet y otras escrituras al campo cultural y literario local. En el caso de los juegos florales para Mistral, podría considerarse como un boleto de entrada a la sociedad literaria. En otros casos, como el de su nobel o como el nacional para Marta Brunet, es un gesto de consagración.

La primera vez que Carlos Silva Vildósola —en ese tiempo director de *El Mercurio*— le ofreció una colaboración estable en prosa para el diario, ella respondió tajantemente “mi prosa no existe” (Turina 5), sin embargo, diez años después, Gabriela Mistral aceptaría la oferta. En la actualidad habría consenso respecto a que la prosa habría sido un instrumento clave en el proceso de construcción de su figura intelectual (Arrigoitia; Cabello; Pozo), así como también, su forma vicaria de acercarse a lo que nosotras hemos definido como las tareas de la crítica y los estudios literarios. De este modo, la forma de integrarse en la discusión del campo cultural-literario, fue la escritura de los *Recados*. Producidos en la lejanía, constituyen un copioso corpus a través del cual Mistral decidió dirigirse al público chileno, a sus autoridades, a su élite y a sus colegas, de manera de sortear el obstáculo de los géneros y discursos aún no conquistados por las escrituras hechas por mujeres.

Como bien apunta Walter Hoefler (2007) y secundan las lecturas de Cabello (2018) y Pozo (2023), la selección de este género personal y exclusivo no es ejercicio vano, más bien representa una elección política y estética mediante la cual podrá permitirse construir una voz propia que le permitirá actuar en el mundo y producir conocimiento y saber sobre lo literario. En esta línea, la alternativa del recado permite la performance de una indefinición estratégica. Escoger una forma híbrida, aparece como una operación de diferenciación que opta por evitar la masculinización (abrazar el código androcéntrico y medirse de igual a igual), esquivar la reducción autobiográfica (utilizar un género feminizado) e inaugurar, de ‘pasada’, un género personal y único, construido a partir de los usos informales y populares de la oralidad.

Como hemos indicado hasta ahora, en la trayectoria de Mistral serán determinantes el rol de la educación pública, la experiencia con los agentes domiciliarios y las asociatividades, que permiten la libre circulación y ofrecen las condiciones materiales y simbólicas para entrar, permanecer y legitimarse en el campo literario. Por otra parte, en términos discursivos, habremos al menos identificado, además, el papel fundamental de su *travesía entre géneros*. Este posicionar la escritura multifacéticamente, ganar espacios a través del ejercicio de la lírica y luego hacer un uso indócil de la prosa a partir de un género inventado, la preparan, finalmente, para instalarse con propiedad en medio del terreno de la disputa. Así, para Claudia Cabello será, en definitiva, la tríada *Estado (magisterio y diplomacia)/Prosa/Prensa (Artesana de sí)* la que abrirá la ruta a la ganadora del Nobel para instalarse y habitar los espacios más resistentes y prestigiosos del campo intelectual de Chile y el mundo.

Los mismos elementos de esta tríada (Estado/Prosa/Prensa) son los que funcionarán en la trayectoria de Marta Brunet. Ella podrá construir su proyecto, instalarlo y hacer circular su juicio y su saber sobre lo literario, a partir del ejercicio de su *habitus*, con el respaldo de la institución estatal (diplomacia), el apoyo de un fuerte andamiaje de redes y utilizando como plataforma fundamental su potente labor en la prensa. Considerada por investigadoras y críticas como la primera autora moderna (Doll) y profesional (Cisterna) de Chile que logró vivir de su escritura, el itinerario que recorre hasta convertirse en esa

figura se organizará a partir del montaje particular de los elementos señalados y se verá sujeto a la marcha y el funcionamiento de un campo cultural en franca transformación.

Una de las singularidades que manifiesta su proceso de ingreso, es que su experiencia prescinde de la *zona de contacto* común de las autorías de este periodo, la escuela pública. Sin embargo, aun estando privada de ella, no es posible afirmar que su caso no se encuentre afectado por el proyecto de modernización de la república. Al contrario, su circunstancia social familiar y, por tanto, su patrimonio cultural, son el fruto del proceso de ascenso y consolidación de una clase que tomará el lugar de la oligarquía. Como expone, claramente, Natalia Cisterna:

Algunos datos biográficos permiten aclarar esta capacidad de Brunet de leer las estructuras internas de las esferas culturales. Hija única de una pareja de emigrantes españoles, Brunet se crió en el confort de una burguesía rural acomodada. La abundancia económica favoreció el acceso de Brunet a una educación privilegiada con institutrices y profesores particulares, y la posibilidad de realizar un viaje a Europa cuando todavía era una adolescente. Además de este capital cultural, Brunet adquirió las normas de sociabilidad que articulaban la vida de la burguesía y las familias tradicionales de provincia: el reconocimiento de las figuras de poder, las formas del trato recatado, las reglas de comportamiento de una señorita de familia pudiente destinada a convertirse en el modelo femenino valorizado en su medio” (*La definición* 115).

En este sentido, el *habitus* de clase es fundamental para la configuración del proyecto intelectual brunetiano que, por lo demás, no tiene una gota de azaroso o casual. En una entrevista de 1966, referida por Osvaldo Carvajal (*La importancia...*), será la misma Brunet la que admite que el acceso a y el respaldo de ese patrimonio cultural sostienen la base de su vocación literaria y de su privilegio para edificar una trayectoria nada convencional. Su origen social será la condición para activar sus posibilidades de *asociatividad* urdidas en una fibrosa red de amigxs, intelectuales, artistas, políticxs, que en momentos clave de su itinerario le tenderán la mano. Como le señala a Ángel Rama (2018) en la entrevista de 1962, ella fue ligándose a un grupo de amigos del liceo de hombres, con quienes se reunía periódicamente, publicaron su propia revista, editaron libros y organizaron recitales:

Quizás lo más interesante del caso es que, como ya se ha dicho, la autora no asistió a ninguna institución educativa formal; no obstante, se las arregló para terminar participando en un proyecto nacido en el contexto de un liceo y fue, además, capaz de trasladar el epicentro del grupo al living de su casa (Carvajal *La importancia...* 849).

De esta manera, irá moldeando su práctica como la de una gestora (Doll 2014), y la impulsará a una de las experiencias cruciales de su vida artística. Nos referimos a

su primer contacto con Hernán Díaz Arrieta (Alone). El hecho de que este prestigioso y poderoso hombre crítico se haya atribuido su padrinazgo literario hubo de tener profundos efectos en el proyecto literario e intelectual de Marta Brunet (Carvajal *La sociedad literaria...*). Para nosotras, este hecho se configura como la escena textual del pacto para *pertenecer* y evidencia lo que lúcidamente explica Lorena Amaro, como el mecanismo de inclusión-exclusión

(...) [que] ralentizaba la real integración de las escritoras en el juego por el poder simbólico y económico al interior del campo. Me parece oportuno citar aquí las ideas Homi Bhabha (...) como ocurrió entre el sujeto colonizador y el sujeto colonizado, entre la crítica androcéntrica y la producción literaria de las mujeres latinoamericanas, se produce una relación mediada por el mimetismo, que se traduce en “el deseo de un Otro reformado, reconocible, *como sujeto de una diferencia que es casi lo mismo, pero no exactamente*. (...) La estrategia colonial, por una parte, reforma y regula apropiándose del Otro, pero, por otra parte, lo signa como lo inapropiado, y esto es asimismo lo que hace la crítica cifrada sobre la literatura de mujeres en el periodo abordado (39).

Uno de los resultados de esa nueva alianza simbólica con quien fuera uno de los más importantes canonizadores de las letras chilenas, será la publicación de *Montaña adentro* en 1923 a la que en su *Historia personal de la literatura chilena* (1954) elogiará como “una recia obra, audaz, sólida, hecha de duros metales, inatacable en su brevedad”²⁴ (Alone 234).

Como indica Carvajal muy pertinentemente –y las especialistas, Cisterna, Amaro, Oyarzún, Carreño, lo confirman– si bien esta asociación con Alone se inicia con el gesto de la subyugación de la escritora inspirado en la lógica de la exclusión/inclusión, también será aquello que le permitirá consolidar su ingreso en forma robusta e inequívoca. Otro efecto de la alianza será la pronta y visible incursión de la pluma de Brunet en el ejercicio de la crítica oficial (Carvajal *La sociedad literaria...*). En la nota de redacción del mes de mayo de 1925, la sección Crónica Literaria de *La Nación* informa que a raíz de la ausencia transitoria del crítico habitual, quien se hará cargo de escribir las crónicas literarias, será Marta Brunet. Es así como durante algo menos de un mes la esquivada puerta del círculo del pensamiento se abre para la chillaneja.

²⁴ Esta es, precisamente, la estrategia de exclusión/inclusión que describe Lorena Amaro y que han problematizado también muchas críticas, entre las que cuentan muchas feministas, y que dice relación con identificar características de la escritura masculina y con rasgos masculinizados en la suya. Brunet sería una escritora excepcional porque escribe como varón. VID. Amaro (2017), Carreño (2002, 2007), Carvajal (2021), Cisterna (2014), Doll (2014), Olea (2010), Oyarzún (2000).

En otro orden de cosas, y como es de público conocimiento, es en este periodo de su vida cuando la holgura económica familiar habría comenzado a menguar. Si bien Brunet había permanecido trabajando en su escritura, es en este momento de crisis en el que se aferra al que fuera, hasta ahora, sólo un oficio y que transformará en su profesión. Se convierte, entonces, en editora ocasional en el mismo diario *La Nación*, en directora de la *Revista Familia* y corresponsal del diario *El Sur*. Se incorporará a una compañía de teatro, y se ocupará de participar, extender y conectar los círculos artísticos e intelectuales para contribuir en la esfera pública. Para la década del 30 puede hablarse de una escritora con un rotundo programa intelectual, que tuvo esa

(...) habilidad para leer políticamente su campo cultural, reconocer en él las oportunidades y obstáculos que se le presentaban y así establecer contactos con agentes y generar estrategias de posicionamiento en las esferas letradas. Esto le significó hacer concesiones y aceptar ciertas convenciones patriarcales que regulaban las lógicas de validación en los campos culturales, a fin de poner en circulación propuestas artísticas y políticas propias que, en más de una ocasión, contravenían los roles de género asignados y las bases de la subordinación de las mujeres (Cisterna *Alrededor 3*).

Luego del escabroso y traumático terremoto de 1939 en Chillán, Marta Brunet es convocada por el Estado para iniciar su carrera diplomática. Durante su período de extranjería la narradora es acogida por varias embajadas y consulados del Cono Sur, y allí se consolidará su figura internacional y su imagen simbólica de intelectual latinoamericana (Rama). En esas mismas labores será sorprendida con la noticia del Premio Nacional: la coronación definitiva de su obra y de su proyecto en el campo cultural regional.

De este modo, recuperando la tríada Estado/Prosa/Prensa con la que Claudia Cabello interpreta la estrategia de Mistral, podemos advertir que el proceso de Marta Brunet también concreta y signa completamente su proyecto en su relación con ella. Es su narrativa, su rol como representante de la cultura nacional y su trabajo como escritora profesional lo que define y sustenta su inserción al campo cultural y literario chileno, pero además, su participación en la esfera pública, que le ofrece las plataformas de los medios y la herramienta de la “gestión cultural” determinará el alcance, distribución y circulación amplia de su obra. Hasta ahora, bien se podría extrañar el hecho de que Brunet no hubiese “utilizado” la herramienta que ofreció a Mistral el Magisterio. No obstante, efectivamente, al final de su vida, y para consumir su lugar en el cenáculo del pensamiento, Brunet ejerce también la docencia apoyada, nada más y nada menos, por su amiga integrante de su *red queer*, Amanda Labarca.

En la tarea de presentar esta etapa de la panorámica del ingreso de las escrituras de mujeres al campo literario, no podemos dejar de confirmar que el proceso que transita cada una de nuestras dos primeras premios nacionales fue distinto. Sin embargo, a pesar de las diferencias, sus trayectorias también se encontrarán al momento cúlmine de sus

carreras, en la imagen que construyen de la figura intelectual latinoamericana. Ella representa la responsabilidad política de la orientación y conducción popular que asumen a partir de su potente cercanía con sus pueblos, las niñeces, la educación, lo que termina por transformarlas en mediadoras o puentes entre culturas. En lideresas y protagonistas del proyecto del estado chileno moderno.

En definitiva, en ese primer momento de la segunda modernidad chilena, se dispone la escena fértil para que, paulatinamente, los distintos niveles del exclusivo territorio del pensamiento vayan siendo infiltrados. En primera instancia, por la voz, por la oralidad (la tertulia), posteriormente, mediante la escritura pública marcada por la etiqueta de lo femenino que acredita la voz para cruzar el límite y exponer ante la gran audiencia esta visión ‘particular’, sin embargo, y eso es lo que confirma el caso de Marta Brunet, la posibilidad de ‘vivir de la escritura’, signará un nuevo comienzo. La profesionalización del trabajo escritural se constituye en la alternativa para construir proyectos intelectuales sostenibles y contundentes capaces de sortear y negociar una incorporación un poco más profunda. De esta manera, el proceso continúa, a medida en que las voces se vuelven escrituras, y así se inscriben en el registro de la historia.

VOCES CRÍTICAS. TRABAJADORAS DE LA LETRA Y LA CULTURA (1960 Y LA DICTADURA)

Arribamos al último periodo que analizaremos aquí y es necesario señalar que el proceso histórico-político, que se ha venido construyendo a lo largo del siglo XX experimenta una consolidación respecto de los avances sociales y democratizadores que se venían tejiendo, pero, a la vez, sobrellevan los efectos del nuevo orden mundial instituido al finalizar la segunda guerra mundial.

La trayectoria histórica que hemos descrito en el apartado anterior, en la que se amplía la cobertura de la educación escolar, popular y universitaria (Rossetti, Donoso), y avanza la mesocratización y modernización de la sociedad (Bernaschina), permiten una acumulación de capital cultural suficiente que alcanzará a permear espacios sociales antes marginados. La alta valoración del libro y la lectura (Subercaseaux *Sectores medios*) como motores del ascenso social y, por lo mismo, el auge de su industria gracias a la creciente demanda, advierte la irrupción de un escenario propicio para la instalación de una democracia cultural en la que lxs escritorxs, críticxs, gestores e intelectuales asumirán un rol fundamental.

Así como expongo en *La aporía descolonial* (2018), la influencia de la Revolución Cubana en América Latina, no sólo determina una toma de posición definitiva respecto a la contradicción entre reforma y revolución, optando por la radicalización de las fuerzas que empujaban por acabar con la dependencia (neo)colonial, sino también afectará, y muy significativamente, la configuración discursiva y práctica de los campos culturales e intelectuales regionales que en Chile tendrá su correlato en la modulación singular del

discurso crítico (Gouldner). Recordemos el año clave de 1962, cuando en enero tuvo lugar el Encuentro de Intelectuales en la Universidad de Concepción²⁵. De esta reunión nace la oportunidad de devenir comunidad, lo que se da a partir de un giro político y un cambio de rumbo de las discusiones (Pistacchio, *La aporía* 19-20). De esta manera, y como observa Bernaschina, la larga tradición americanista, tejida durante las primeras décadas del siglo XX, vendría a consolidarse ya en su segunda mitad, contribuyendo a la organización de una práctica crítica que acercó las disciplinas académicas especializadas y el ejercicio periodístico, pero además:

logró desvincular la interpretación y valoración de la literatura de las matrices ideológicas que las animaban, a saber, la nación naturalizada o su contracara, el espiritualismo abstracto. Ni las disciplinas universitarias por sí solas, ni el periodismo por sí solo eran capaces de valorar y orientar el desarrollo de la literatura en el país; ésta seguía sus propios derroteros y enfrentaba las transformaciones históricas y sociales expresando cambios en los valores y la sensibilidad humana, que requerían de una crítica literaria activa que se hiciera partícipe de dichos cambios. Lo que significaba, que ya no había lugar ni para una noción monumental e invariable de la literatura, ni para escritores y críticos monumentales (Bernaschina 5).

De este modo, la movilización cultural a gran escala y en todos sus ámbitos de interacción, reviste el escenario nacional de una efervescencia de producción/creación, demanda e intercambio, en la que la proliferación de antologías, revisiones, reediciones, las nuevas revistas, publicaciones y editoriales sostuvieron la circulación de la discusión literaria. En ese escenario los intelectuales participan “en el aparato orgánico de la cultura, en los mecanismos institucionales de producción y circulación literaria” (Subercaseaux *Transformaciones*).

En este contexto, la *zona de contacto* a través del cual se produce el ingreso de las mujeres al campo cultural y literario en la segunda mitad del siglo XX, será la *universidad pública*, en particular, para aquel conjunto que asiste a mediados de los años sesenta. En ese territorio se articulará una serie de interacciones y relaciones heterogéneas que mediatizarán la entrada de mujeres relativamente diversas –en términos de clase social– y que acuden a la institución para recibir instrucción formal especializada. El incremento evidente de su incorporación y el habitar ese espacio privilegiado en el que se orquestan los productivos (des)encuentros y choques culturales, económicos y sociales –propiciados por su gratuidad–, estaría determinado y acentuado, como hemos visto también en los periodos anteriores, por sus habitus de clase y los catalizadores (agentes domiciliarios,

²⁵ Nos referimos al Congreso organizado por Gonzalo Rojas y que substituyó al Congreso de Escritores de 1958 celebrado en la misma ciudad.

transculturadores y asociatividades). En el caso de la selección de carreras generizadas, ésta ya no obedecería exclusivamente a los mandatos culturales y los roles de género, sino a la necesidad o vocación individual de acceder al conocimiento especializado de las humanidades y la literatura.

Es en estas circunstancias en las que identificaremos, por vez primera, un ingreso significativo y sostenido de mujeres al campo y que veinte años después se convertirán en investigadoras y críticas literarias chilenas/en Chile; el primer grupo de intelectuales estudiosas de la literatura y la cultura en nuestro país²⁶. A modo de evitar cualquier desacierto o malentendido perpetrado antes, por la actualización de lógicas generacionales, diremos que, bajo ninguna circunstancia, podemos establecer que se trate de un conjunto homogéneo, autoconsciente y autodeterminado, o de una “formación”, para usar el término de Williams. Se trata de un grupo que, a través de la inmersión en la academia, constituye lo que hemos llamado una “totalidad heterogénea” unida por efecto de las condiciones histórico-sociales descritas y que, eventualmente, unas sí y otras no, se asociarán en torno a afinidades disciplinarias y/o estético-políticas. Es importante anotar que su numéricamente considerable y vigoroso ingreso al campo desencadena, durante la década siguiente, la consolidación definitiva de un corpus de escrituras hechas por mujeres sobre obras confeccionadas las más de las veces por ellas y otras no, y, además, la actualización y re-visión de varios problemas literarios que ahora encontraban nuevos ojos para ser examinados. Uno de esos nudos, que había sido esquivado y resistido por la tradición disciplinaria -y por las humanidades en general-, no sólo conquista el último bastión de la episteme patriarcal, sino que se convierte en una fuente prolífica, diversa y original de producción especializada de conocimiento.

Para el caso de este grupo de mujeres, nuevamente, la influencia del *habitus de clase* será fundamental. Determinará la robustez de las bases para prepararse en “la tradición universal” (occidental metropolitana) y experimentar el mundo a través de una *libertad de tránsito*, concepto que acuñamos para explicar el privilegio de gozar de una *sensación* de igualdad obtenida por las prerrogativas de clase que permiten una mayor movilidad pública, acceder a libertades intelectuales, sexuales, económicas y desmarcarse de manera más flexible de los mandatos sociales de género. Esta *libertad de tránsito* sería también uno de los efectos paradójales de lo que Julieta Kirkwood llamó la *liberación global* (*Ser*

²⁶ Como hemos advertido al inicio, este artículo ha sido construido a partir de la investigación que hemos realizado para dar cuenta específicamente de este tramo de la historia del ingreso de las mujeres al campo cultural y literario. En este marco, recién se ha realizado una primera investigación que aborda los casos de Soledad Bianchi, Raquel Olea y Kemy Oyarzún. Una segunda etapa, que incluye a los de Lucía Invernizzi, Ana Pizarro y Adriana Valdés. En este sentido, las conclusiones (generalizaciones/ reducciones) que presentamos aquí aluden sólo a los casos que ya hemos revisado.

política en Chile), un fenómeno que domina el entramado social de los sesenta y que se sostiene en la idea de que efectivamente las mujeres vivirían y participarían en igualdad de condiciones dentro de su sociedad y de su clase. Para Kirkwood²⁷ este dispositivo funciona como para Marx la fantasmagoría del capital. Es decir, ofreciendo la percepción -creencia- del ejercicio pleno de la libertad y a la vez adormeciendo el impulso emancipatorio y la lucha por las reivindicaciones sectoriales.

Una de las consecuencias esperadas de la inserción de las mujeres a la academia es la adquisición y apropiación de un lenguaje específico, es este caso, la lengua del padre. La norma androcéntrica se aprende a través del canon que se enseña, de los modos de comprender y leer que se entrenan, y de las prácticas pedagógicas que se viven en el aula. Con este marco aprehendido, los primeros trabajos escritos y públicos de las críticas que hemos estudiado exhiben las marcas de aquello que debían integrar para poder pertenecer, entrar a disputar un lugar en el campo y, concretamente, para aspirar a un puesto de trabajo. Ahora bien, la apropiación de la lengua del padre tomó distintos rumbos en las escrituras y programas intelectuales de estas mujeres. Según hemos constatado, algunos proyectos, por ejemplo, fertilizaron el camino para el ingreso de discursos críticos internacionalmente hegemónicos, pero también otros, para promover proyectos colectivos e individuales locales fuertemente originales, destacados y en muchas ocasiones de avanzada.

Por otra parte, en los casos que hemos analizado hasta ahora identificamos otra *zona de contacto* que interviene en la constitución de sus trayectorias vitales, críticas y escriturales y que, de modo conflictivo y contradictorio, permite el ingreso al campo. Esta será la experiencia de la extranjería y del (des) encuentro cultural del *exilio político* que muchas de ellas vivirán en formas diversas. En la mayoría de las experiencias habrá sido, precisamente, la *zona universitaria* la que tendrá directa relación con sus destierros, pues allí como estudiantes se vinculan con la vida política y los discursos que serán arrasados y obliterados. En la universidad se relacionan o integran con grupos u organizaciones que serán prontamente proscritas y perseguidas luego del golpe de estado civil-militar. Además, la academia se constituirá en un territorio de confluencias discursivas y culturales en el que algunas conocerán a personas significativas por/con las cuales deberán dejar el país.

Por otra parte, en el espacio extranjero del desamparo, el exilio como forma de relación, (Nómez; Oñate, Rebolledo; Zamorano) se constituye también en una red de contención, de reflexión y aprendizaje que habría facilitado cierto tipo de *asociatividad*,

²⁷ Por otra parte, para Kirkwood la “liberación global” ocurre, además, como efecto de la homogeneización que provoca la narrativa de la emancipación anticolonial de los sesentas y principios de los setentas. En este sentido, la experiencia universitaria y académica de las autorías que investigamos se ven altamente atravesadas por un discurso que desplaza las demandas de las convenientemente denominadas “minorías”, para favorecer y consolidar la batalla uniforme contra el “imperio” y el imperialismo.

de pertenencia y comunidad. Los alcances de esa misma red que se teje en la ansiedad de la distancia permitieron a estas críticas iniciar el proceso de construcción de lo que hemos denominado sus *cajas de herramientas teórico/experienciales* con la cual podrán instalarse en el concierto de los discursos críticos chilenos, latinoamericanos y mundiales.

Si bien la segunda ola del feminismo internacional pudo haber entrado a Chile a través de agentes con redes y acceso exclusivo al campo metropolitano, lo cierto es que, a nivel masivo, el movimiento ingresó convertido en mercancía fetichizada y despolitizadamente, a través del mercado editorial (revistas y best-sellers), de la moda, y de una cultura audio-visual basada en estereotipos juveniles identificados con la rebeldía y la búsqueda de “libertad”. No será sino hasta el regreso de varias de nuestras críticas²⁸, cuando se reactiva la protesta antidictatorial liderada por mujeres y estudiantes, cuando se combinan la experiencia que habían tenido en sociedades en las que los avances del feminismo se hallaban ya insertos en la cotidianidad (Pistacchio y Alburquenque), y las exigencias de un país que luchaba por su democracia. La segunda ola del feminismo chileno reventaba en una escena de conmoción general en la que la defensa de los derechos humanos permitió, al fin, que todos los derechos se exigieran. En este escenario, un grupo importante de las críticas de esta *totalidad heterogénea*, se hará espacio en el campo ofreciendo una alternativa que se enfrenta radicalmente al código aprendido y al que antes habrían tenido que adaptarse para osar entrar.

De este modo, si hasta ahora las *estrategias de ingreso* de los cuerpos sexogénicamente mujeres cis habían de escoger entre abrazar su rol y mandato social o asumir el androcentrismo superándolo y batallando con todas las modalidades posibles para incorporarse, la operación que ofrece el feminismo, y, en particular la teoría (literaria) feminista, será la de la construcción de un nuevo y exclusivo lenguaje, de una nueva forma de leer y de instalarse en el campo:

Y es que la crítica feminista es ante todo una práctica política democratizadora que se mueve en una doble dirección, deconstruir el androcentrismo que está en la raíz de todas las prácticas sociales y culturales, y reconstruir la perspectiva de las mujeres, las grandes ausentes (aunque habría que decir ausentadas) de la cultura (Suárez 25).

El gesto político-discursivo del movimiento feminista (Godoy, Guerrero y Tobar) y de la crítica/teoría literaria feminista no dejará a nadie incólume, pues este espacio se articulará como uno de *asociatividad* creando redes de apoyo y conocimiento amplias y transversales. Algunas estudiosas de la literatura se comprometerán con la construcción

²⁸ Según nuestra fuentes, la mayoría regresa a principio de los ochentas, precisamente en el momento en que se reactiva la protesta antidictatorial encabezada por las movilizaciones de mujeres y estudiantes.

de espacios de investigación, de generación de saber formal y la visibilización de sus problemáticas, otras con la praxis y el trabajo de base que buscaba “crear conciencia de género en mujeres de diversos sectores sociales” (Suárez 33), y muchas otras, aliadas, que comulgaban con las demandas y convicciones, participarán de los llamados a irrumpir en las distintas esferas de lo público, en las calles, en los encuentros literarios²⁹ y en las abundantes publicaciones. Así, aunque no todas las investigadoras y críticas se afiliaron al feminismo ni adoptaron el lenguaje de la teoría literaria feminista, la apertura epistémica y socio-cultural que produjo, estimuló a todas a pensar una caja de herramientas propia, y obtener de diversas maneras un escaño en la esquiua esfera del pensamiento.

Finalmente, creemos necesario incluir una breve reflexión respecto al trabajo de esta *totalidad heterogénea* de críticas y estudiosas de las literaturas quienes, en el trayecto de configurar su propia voz, establecieron una relación crucial, crítica y productiva con las transformaciones discursivo-disciplinarias que operan en el campo literario chileno, sobre todo, desde los años ochenta. Cambios movilizados por el dominio de las gramáticas del postestructuralismo y los estudios culturales, en todo su amplio rango de modulaciones y versiones. En este sentido, se abre la pregunta por la incidencia o no de su ingreso y de las propuestas que ofrecen para la heterogeneización del campo cultural/literario chilenos y latinoamericano, al menos, en lo que significa un posible proceso de gradual y relativa institucionalización, de lo que alguna vez se constituyó como el contra-canon en occidente.

PALABRAS AL CIERRE. DE TRABAJADORAS Y EXCEPCIONES

En la primera entrevista que le hiciéramos hace tres años para iniciar nuestra investigación, Soledad Bianchi se negaba a aceptar que la identificáramos como una “teórica”. “Yo no he creado una teoría”, insistía, y nosotras porfiábamos con que, de algún modo, de una manera no tradicional, sí lo hacía o lo había hecho. Gastamos productivamente el tiempo en esta controversia, hasta que entonces le preguntamos, sobre un término, un término que se había colado y pasado desapercibido en nuestra conversación y que aparecía en su propia descripción del quehacer intelectual, el concepto de la trabajadora cultural.

La excepcionalidad es un atributo problemático. Como lo sugerimos en algunos momentos de este texto, es equívoco y nos confunde toda vez que puede llevarnos a pensar en la genialidad esencializada, desprovista de toda agencia y despolitizada. Por otra parte, podría constituir, como lo hemos también señalado en el título de este escrito, una fantasmagoría, en la medida en que esconde el enorme e imbricado funcionamiento

²⁹ Primordial aquí es el Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana 1987 que, además de convocar a la virtuosa generación de escritoras y poetas de los ochenta, reunió a las que eran en ese momento las incipientes críticas y estudiosas de la literatura. Para conocer el relato de su propia experiencia ver Pistacchio *Voces críticas*.

de una máquina cultural alimentada por las tensiones de un proyecto de nación truncado en Chile en 1973. Así mismo, podría ser una ilusión, un artificio que borra las marcas de un trabajo personal –que admiramos– y muchas veces también colectivo, arduo, precario y precarizado.

El paso de ser un excepción a una trabajadora de la cultura define, precisamente, el itinerario que siguen los cuerpos sexogenerizados mujeres cis en este periplo de llegar a tomar posición y ocupar ese vetado espacio del pensamiento. Esta instalación que legitimará la palabra y la voz, no es producto del azar, ni de la virtud, tampoco, mucho menos, de lo que hoy llaman meritocracia, sino de aquello y de todas estas causas que aquí hemos expuesto.

Efectivamente cada una de estas intelectuales en su proceso de integrarse al inhóspito y resistente espacio de la cultura, del pensamiento y de la escritura pública, constituyó una excepción en su momento. Fue una figura extraña y extraordinaria que, a través de una labor incansable, poco a poco fue encontrando una posición para poder decir, y legitimar su palabra y hacer de ella el objeto de su trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- Albornoz, Edda, y Gonzalo Salas. *Amanda Labarca. Lectora, escritora y crítica*. La Serena: Nueva Mirada Ediciones, 2022.
- Alone. *Historia personal de la literatura chilena*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1954.
- Amaro, Lorena. “En un país de silencio: Narrativa de Marta Brunet.” *Marta Brunet. Obra narrativa*, tomo II. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2017.
- Arcos, Carol. “Figuraciones autorales: La escritura de mujeres chilenas en el siglo XIX (1840-1890).” *Revista Iberoamericana*, vol. 82, núm. 254 (enero-marzo 2016): 45-69.
- Arrigoitia, Luis de. *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989.
- Benjamin, Walter. *Proyecto de los pasajes*. Madrid: AKAL, 2015.
- Bernaschina, Vicente. “Ensayo literario y crítica: 1950-1973”. Inédito proporcionado por el autor.
- Bourdieu, Pierre. *Campo de poder y campo intelectual*. Buenos Aires: Quadrata, 2003.
- Cabello-Hutt, Claudia. “Redes queer: Escritoras, artistas y mecenas en la primera mitad del siglo XX”. *Cuadernos de Literatura*, vol. 21, núm. 42 (julio-diciembre 2017).
- _____. *Artesana de sí misma: Gabriela Mistral, una intelectual en cuerpo y palabra*. Indiana: Purdue Studies in Romance Literatures, 2008.
- _____. “Undisciplined Objects: Queer Women’s Archives”. *Revista Hispánica Moderna*, vol. 74, núm. 1 (abril 2021): 27-36.
- Cano Cubillos, Rocío. “La crítica literaria chilena y la escritura de mujeres.” *Revista Caracol*, núm. 27 (enero-junio 2024).

- Carvajal, Osvaldo. “La importancia del cuento en la entrada y consolidación de Marta Brunet en el campo literario chileno: Del periodo chillanejo a *Reloj de sol* (1918-1930)”. *Marta Brunet. Obra narrativa*, tomo II. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2017.
- _____. “La sociedad literaria de Marta Brunet y Alone: Apropiaciones en el ejercicio de la crítica literaria chilena de principios del siglo XX”. *Anales de Literatura Chilena*, vol. 22, núm. 36 (2021): 219-235.
- Cisterna, Natalia. “Alrededor de una comunidad femenina: Los perfiles de mujeres de Marta Brunet en *Ecran*”. *Cuadernos de Literatura*, vol. 27 (2023).
- _____. “La definición de las trayectorias literarias en dos escritoras chilenas modernas: María Flora Yáñez y Marta Brunet”. *Revista Chilena de Literatura*, núm. 86 (octubre 2014).
- _____. “Marta Brunet, los caminos de la crítica para leer a una autora profesional”. *Revista Chilena de Literatura*, sección miscelánea, nov. 2009.
- www.revistaliteratura.uchile.uchile.cl/index.php/rcl/issue/numespecial.
- “Congresos de Educación”. *Memoria Chilena*, Biblioteca Nacional de Chile, www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-94703.html. Consultado el 23 de septiembre de 2024.
- Doll, Darcie. “Escritoras chilenas de la primera mitad del siglo XX: Trayectoria en el campo literario y cultural como criterios para una periodización de su producción”. *Taller de Letras*, núm. 54 (2014): 23-38.
- Donoso, Andrés. “Los mejores años de la educación en América Latina, 1950-1980”. *Revista Educación*, vol. 38, núm. 2 (julio-diciembre 2014): 107-122.
- Egaña-Salinas-Núñez. “Feminización y primera profesionalización del trabajo docente en las escuelas primarias, 1860-1930”. *Pensamiento Educativo*, vol. 26 (julio 2000): 91-127.
- Godoy, Guerrero, y Tobar. ¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile *posdictadura*. Santiago: Historiográfica, 2020.
- González Vera, José Santos. *Algunos*. Santiago: Nascimento, 1967.
- Hoefer, Walter. “Gabriela Mistral como crítica: Un caso parcial”. Universidad de la Serena (Chile), 15 mayo 2007, email: whoefer@userena.cl.
- Hurtado, Edda, y Gonzalo Salas. *Amanda Labarca, lectora, escritora y crítica*. La Serena, Chile: Nueva Mirada Ediciones, 2022.
- Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile: Mujer y política en el siglo XX*. Santiago: LOM Ediciones, 2001.
- Labarca Hubertson, A. *Impresiones de juventud*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1909, <https://doi.org/10.34720/09we-zr12>.
- Mistral, Gabriela. *Recados completos*. Compilado por Diego Pozo. Santiago: La Pollera, 2023.
- Montero, Claudia. “Figuras femeninas en el campo intelectual del Chile de la Modernización”. *Revista Palimpsesto*, vol. 8, núm. 11 (2017): 38-54.
- _____. “Textos híbridos: Las crónicas de mujeres del fin del siglo XIX y principios del XX en la prensa chilena”. *Cuadernos de Literatura*, vol. 23, núm. 45 (enero-junio 2019): 239-256.

- Nómez, Naím. “Exilio e insilio: Representaciones políticas y sujetos escindidos en la poesía chilena de los setenta”. *Revista Chilena de Literatura*, no. 76 (2010). <https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/rcl/article/view/1132/1004>.
- Oñate, Wright *et al.* *Exilio y retorno*. Santiago: LOM, 2005.
- Oyarzún, Luis. “Poesía y sociedad en América Latina”. *Temas de la cultura chilena*. Santiago: Editorial Universitaria, 1967: 135.
- Pistacchio, Romina. *La aporía descolonial*. Madrid: Iberoamericana, 2018.
- _____. “Voces críticas: 50 años de intervención escritural”. *Revista Taller de Letras*, núm. 73 (2023): 89-106. <https://tallerdeletras.letras.uc.cl/index.php/tl/article/view/70631/54547>.
- _____. “Cartografía de una intromisión imprescindible”. *Revista Aisthesis*, núm. 76 (2024): 214-236. <https://revistaaisthesis.uc.cl/index.php/rait/article/view/50205>.
- _____. “Construcción del lugar de enunciación e intervención transformadora del campo de la crítica y de los estudios literarios en Chile: Soledad Bianchi. Mapear la heterogeneidad de las escrituras chilenas”. *Revista Chilena de Literatura*, núm. 10 (2024).
- Pistacchio, Romina, y Gabriela Alburquenque. “Voces críticas: Trabajadoras de escrituras literarias”. *Palabra Pública*, Universidad de Chile, 2024, palabrapublica.uchile.cl/especial/voces-criticas-trabajadoras-de-escrituras-literarias.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales: Literatura de viajes y transculturación*. Madrid: FCE, 2010.
- Rama, Ángel. *La querrela realidad y realismo*. Valparaíso: Mimesis, 2018.
- Rebolledo, Loreto. “Mujeres exiliadas: Con Chile en la memoria”. *Revista Cyber Humanitatis*, núm. 19 (2001).
- Rojo, Grínor. *La cultura moderna en América Latina: Primera modernidad 1870-1920; Segunda modernidad 1920-1973*. Santiago: LOM, 2023.
- Rossetti, Josefina. “La educación de las mujeres en Chile contemporáneo”. *Mundo de Mujer: Continuidad y cambio*. Santiago: Ediciones CEM, 1988.
- Sánchez, Cecilia. “Mujeres en la escena de la filosofía.” *Instituto de Filosofía*, YouTube, 7 de diciembre de 2017. www.youtube.com/watch?v=miu0qy--5-a.
- Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- Silva Castro, Raúl. *El panorama literario de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1961.
- _____. *La literatura crítica de Chile*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969.
- Silva Vildósola, Carlos. “Homenaje a Lily Iñiguez”. *Memoria Chilena*, Biblioteca Nacional de Chile, visitado en septiembre de 2024. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-10317.html>.
- Suárez, Beatriz. “La segunda ola feminista: Teorías y críticas literarias feministas.” *Escribir en femenino: Poéticas y políticas*, coordinado por Beatriz Suárez Briones, María Belén Martín Lucas, María Jesús Fariña Busto. Barcelona: Icaria, 2000: 25-38.

- Subercaseaux, Bernardo. “Política y cultura”. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, vol. 5. Santiago: Editorial Universitaria, 1997.
- _____. “Sectores medios y valoración social del libro”. *Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo)*, 2.^a ed. Santiago: LOM, 2000: 109-140.
- _____. “Transformaciones de la crítica literaria: 1960-1982”. Santiago: CENECA, 1982.
- Traverso, Ana. “Ser mujer y escribir en Chile: Canon, crítica y concepciones de género”. *Anales de Literatura Chilena*, núm. 20 (2013): 67-90.
- Turina, Pepita. “Gabriela Mistral en sus recados.” *El Mercurio* (Santiago, Chile), 18 abr. 1976: 5.
- Vicuña, Manuel. *La Belle Époque chilena: Alta sociedad y mujeres de élite*. Santiago: Catalonia, 2010.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 2000.
- Zamorano, César. “‘Un millón de chilenos’: Testimonios del exilio en la revista Araucaria de Chile”. *Revista Universum*, núm. 36 (2021). https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=s0718-23762021000100109&script=sci_abstract.